

El perro y el conejo

- Érase que se era un perro de color canela, con la cara de color blanco donde sobresalía su hocico azabache. Sus fuertes y largas patas tenían manchas claras del color de las nubes. El pelo corto y brillante. Su rabo parecía la vela de un barco cuando se enfadaba y lo erizaba. Sus orejas puntiagudas que todo lo escuchaban señalaban el cielo. Sus ojos cambiaban de color según les diera la luz del sol. A veces, se ponían rojo intenso y le daban al perro un aspecto bravo y fiero. El hortelano le llamaba Rufo.



Su olfato era excelente. Podía oler a una comadreja a un kilómetro de distancia. Su fino oído era capaz de escuchar a cualquiera que se acercara, aún estando lejos. Por eso su dueño le había encargado que guardara las verduras del huerto para que nadie se las llevara. Los conejitos eran sus principales rivales.



Vivía en el campo en una casa con porche de madera y una gran chimenea de color ébano que, cual si fuera un faro, se veía a lo lejos cuando el viento arrastraba el humo que jugaba con las hojas de los árboles cercanos



Enfrente estaba el huerto, grande y siempre verde. Desde el porche, Rufo dominaba toda su extensión con mirada atenta. Sabía de memoria los nombres de todas las clases de vegetales que en el huerto crecían, incluso, a veces, creía que le hablaban cuando hacía su ronda entre los surcos moviendo la cabeza a uno y otro lado para observar todo con detalle.



Las matas de los tomates trepaban por las cañas guías dejando al descubierto su fruto rojo y redondo donde se miraba el sol a mediodía. Las lechugas brotaban de la tierra a borbotones, con sus hojas verdes y apretadas. En los pequeños bancales se distribuían alternativamente las zanahorias de color naranja brillante y los rábanos morados



Los pepinos se apiñaban escondidos entre las hojas y la tierra. Los pimientos verdes y rojos decoraban sus matas como bolas de un árbol de navidad. También crecían cebollas, puerros, calabazas y judías trepadoras. A Rufo le gustaba pasearse por el huerto en las cálidas tardes de verano para disfrutar del frescor de las plantas



Y sucedió que un día caluroso de junio, durante su vigilancia, el perro observó que algo se movía entre los tallos de las tomateras. Raudo, se abalanzó hacia el lugar introduciendo su hocico entre el follaje.

- Tenemos visita- pensó.- Por el olor debe ser un conejo que quiere comerse mis verduras - dijo, mientras acercaba su hocico aún más a la tierra.



Su instinto de perro vigilante se activó. Sus orejas se pusieron en tensión, sus ojos se movían para todas partes como chispas de una hoguera. Su cola se puso rígida como el palo de la noria que regaba el huerto. Su boca se abrió, dejando al descubierto unos dientes largos, blancos y afilados, escapando un gruñido atemorizador.



Siguió avanzando a través del surco húmedo por el agua. Despacio, muy despacio. Quería pillar desprevenido al tunante que había osado colarse en su huerto para robarle sus verduras.

- Le daré una lección que nunca olvidará - se dijo.



De repente lo vio.

- Ahí está. Ya es mío.- Y dando un gran salto acorraló contra una col al orejudo invasor, cuyo pelaje era espeso y lanudo, de color pardo pálido, cabeza ovalada y ojos grandes y negros.

- Te pillé, truhan - le gritó mientras le enseñaba sus enormes caninos.



El conejo, viéndose sorprendido, temblando todo su cuerpo ante la visión de aquellas fauces, dijo con voz trémula y tartamudeando.

- Sr. Perro, le ruego que sea indulgente conmigo. Mi familia tiene hambre y debo llevarles comida.

- Si quieres comida, págala, le espetó el perro - acercando su hocico negro a la nariz del conejo.

- Pero no tengo dinero - contestó el pequeño roedor, dejando al aire sus grandes incisivos manchados de verde.- Y usted, señor perro no las necesita porque no le gustan las verduras. Podríamos dialogar y llegar a un acuerdo.

- Pero, como conejos - respondió el chucho con voz atronadora, mientras pasaba su lengua entre los dientes, como si fuera el limpiaparabrisas de un automóvil.



Aquellas palabras aterraron aún más al conejo que se veía imponte para escapar ante la cercanía del can.

Viéndose perdido, con voz llorosa y sacando fuerzas de flaqueza, le dijo al perro:

- Le prometo Sr. perro que le pagaré las berzas que me he comido.

- ¿Y cómo las vas a pagar?

- Si usted quiere - dijo el conejo - mi familia y yo vendremos todos los días, mañana y tarde, a fertilizar el huerto con nuestros excrementos. De esta manera las verduras crecerán más rápidamente y en mayor cantidad. Nosotros a cambio podríamos comer estas berzas tan ricas.



Pensativo se quedo el chuchito ante estas palabras, mientras se rascaba enérgicamente la cabeza con su pata para expulsar de su felpudo a una pulga pesada.

- La idea no es mala - pensó.- Habrá más verdura en el huerto, yo ya no tengo edad para estar correteando y tendré a los conejos controlados. Lo que ellos coman no se notará si aumenta la cantidad de vegetales por el abono de sus deposiciones.

Dicho lo cual, le extendió su pata al conejo en prueba de conformidad y desde ese instante firmaron un pacto de amistad.



En este momento, cuando el sol del verano se está poniendo, Rufo descansa apaciblemente sobre el porche de madera con una sonrisa en su boca mientras observa cómo se mueven suavemente las hojas de las tomateras.



Para reflexionar: hablando se pueden resolver los problemas y estar todos contentos.